III.

COLECCION DE JURAMENTOS.

Contando los oficiales, el nùmero de los marineros ingleses atacados sobre el puente de la corbeta *Ceres*, era doble con corta diferencia de los agresores; pero la mitad de ellos, por lo mènos, estaban sin armas. No obstante, volviendo de la primera sorpresa, se defendieron con mucho valor.

El teniente Naper, que habia subido con intencion de mandar que aparejasen, y que no tenia eu la mano mas que su espeaking-trumpet (bocina); corrió en seguida a la grande escotilla, y dijo a voces a los que estaban en las baterías; ¡todo el mundo al puente.

Pero esto no sirviò mas que para dar un aviso útil a los agresores, que en aquel momento eran victoriosos; aprovechándose de su primer arrojo, rompieron la línea de los marineros del rey, y consiguieron cerrar las escotillas.

No quedando a los ingleses ninguna esperauza de socorro, continuaron retiràndose y se formaron en el castillo de proa, al pié del palo de mesana.

—¡Rendíos! gritó Fergus, cuyo grave y brillante arrojo contrastaba singularmente con el frenesí de sus compañeros.

No respondieron los ingleses mas que injurias. Fergus gritó de nuevo: ¡a ellos! y acometió el primero. Trabóse otra vez la pelea, aunque no reñida como antes, pues habiendo ambas partes consumido sus municiones, se batian cuerpo a cuerpo y en silencio. El único ruido que se oia en el puente era el choque del acero y la aguda voz de Maudlin Wolf, que rendida y sin aliento, escitaba sin cesar a los combatientes.

Los agresores ganaban cada vez mas terreno, y la caida del teniente Naper, a quien Fergus hirió mortalmente, coronò completamente sus esfuerzos, pues todos los ingleses se rindieron al perder su gefe.

Concluida la batalla, tuvo lugar una escena estraña y grotesca; una farsa ridícula siguió a este lúgubre drama. Un marinero ingles, que no habia podido incorporarse a tiempo con sus compañeros, de los cuales le separaba la línea de vencedores, corria a lo largo de la regata con estraordinaria velocidad, a lo cual se prestaba la espantosa dimension de sus piernas, sumamente delgadas y sin curva alguna en la parte de las pantorrillas.

El negro calvo Absalon le perseguia fieramente, corriendo por lo ménos tanto como él, y amenazándole con el cuchillo con que habia cortado el kanguroo. Aun hay mas. Maudlin Wolf, saltando por encima de la sangre que cubria el puente, corria, con los cabellos sueltos, escitando al negro con gritos y gestos, y desempeñando bastante bien el papel que haria en una caza de liebres con galgos un infeliz faldero que no pudiese seguir el paso de los caballos.

Tan ocupados estaban estos tres personages, uno en

huir y los otros en perseguir, que no repararon en la cesacion de las hostilidades. Siguieron, pues, su interminable carrera, el negro vibrando su cuchillo, la reina Mab ahullando, y el marinero dando una infinidad de carreras para evitar a sus encarnizados perseguidores, y diciendo con una voz grave, que interrumpia la pérdida periódica de su aliento:

—¡Soy de los vuestros, Dios me condene! negro estúpido, hombre de bien, sí.... de los vuestros, triple blasfemia. Soy....de la familia, señora, ¡maldito tonel!.... Escuchad, negro del demonio, Satanás y su cola....Pero ¿a qué viene hablar de Satanás? ¡Dios me condene si no sois Satanàs en persona, digno compañero mio!.... Os prometo ¡agujero del infierno! que en lo sucesivo no juraré por Satanás.... ¡Escuchad!

—Animo, Absalon, gritaba Maudlin.

—¡Rayo! volvia a decir el marinero, que sentia al negro en sus talones; os digo que soy de la *Familia*, ¡miseria, condenacion eterna!.... Negro del demonio, animal sin razon, compañero mio, no hagais caso de esa furia maldita, que tal vez es escelente en algunos momentos.... ¡Oh!.... ¡Dios me castigue!.... ya no puedo mas.... ¡Oh! ¡oh!

—¡Nuestro es! ¡nuestro es!

El marinero dió algunos pasos y cayò cuan largo era, murmurando devotamente:

—Encomiendo mi alma a Dios, boca del infierno.... pues, ¡demonio si salgo de esta! ¡Satanás me condene sin compasion!

El negro, que perseguia furioso al marinero, tropezó en sus largas piernas y midiò tambien el suelo con su cuerpo.

Maudlin cayó en el mismo sitio donde estaba gritando victoria.

El honrado Paddy O'Crane tuvo la suerte de caer cerca de Randal Grahame, que habiéndole reconocido al momento por la invocacion piadosa que lanzaba el moribundo al cielo, le protegió contra el negro, que se habia levantado hecho una furia y sin intencion de dar cuartel.

Paddy jadeaba y proferia mil blasfemias inauditas con voz lamentable y apagada.

—Gracias, señor mio.... ¡El demonio me lleve si me acuerdo de vuestro nombre! dijo dirigiendo a Randal una mirada de cordial reconocimiento; habia tantos pillos en el *Cumberland*, ¡triple miseria!.... Pero recuerdo haber visto allí vuestra pálida figura, ¡eterna condenacion! vuestros ojos sin cejas, ¡lléveme el diablo.... sin olvidar a ese maldito y calvo negro, a esa bruja de pié y medio... y vuestros cabellos color de caoba. De todo eso me acuerdo, ¡Dios me abrase!

Randal habia ido a reunirse con Fergus.

—¡Oh, oh! murmuró Paddy al reconocer a este último ¡ese es el que estaba enfermo, ô que me entierren entre el negro y la pequeña furia!.... El otro era un vecino de la izquierda, ¡garras de Satanás!.... un pillo determinado, a quien arrimaron un dia cincuenta latigazos sin que soltase un ay!.... ¡mil miserias!.... ¡Ah! ¡tambien hollan la bandera de Inglaterra! ¡atrevidos! ¡malvados! ¡valiente canalla!

Fergus acababa en efecto de cortar la cuerda que sujetaba la bandera al asta del palo de mesana, y los colores de Inglaterra cayeron a sus piés. Su fisonomía, en aquel momento de triunfo, estaba serena y recogida. El resplandor de sus íntimas esperanzas brillaba en su frente, llena de juventud y de hermosura.

Pateò el pabellon del Reino-Unido, lanzò a lo lèjos

una implacable mirada de desafio, y murmuró algunas palabras, que no llegaron a los oidos de sus compañeros.

Desgarrando en seguida con su puñal el tercer cuartel de las armas de Inglaterra, en el cual se elevaba sobre un campo de azul el harpa de oro de Irlanda, lo estrechó contra su pecho y empapò el resto en la sangre, tiñendo de rojo toda la bandera.

Despues izó él mismo este nuevo pabellon en medio de los frenéticos gritos de los vencedores.

Ya era de dia, y el puente, cubierto de cadàveres, ofrecia sus horrores a los vivos rayos del sol naciente. Los deportados, aunque heridos en su totalidad, no habian perdido mas que uno de los suyos, y compensaban aquella muerte con la adquisicion del atlético marinero Paddy O'Chrane, el cual habia saludado la bandera encarnada con una infinidad de juramentos, tan perfectamente combinados, que Pablo Waterfield le pulverizó la mano en señal de simpatía.

En el castillo de proa estaban amarrados como unos treinta marineros.

Sin embargo, la situacion de los vencedores no era brillante. Eran dueños del puente; pero a sus piés, en las baterías, habia cincuenta hombres, cincuenta enemigos frescos, dispuestos y superiormente armados.

Seguramente esto habia sido el principio de la accion.

Fergus llamó a todos los suyos en torno al palo mayor, y allí celebró una especie de consejo. Las opiniones fueron unànimes en un punto, a saber: que era menester apoderarse de la corbeta. Pero ¿còmo? los oradores fueron ménos esplícitos en este punto. Pablo dijo que no habia mas que abrir la escotilla, y que cada uno hiciese su deber; Smith recitó un testo del libro de Jacob, y Randal propuso que se hiciese la amenaza a los enemigos de la sentina de que abririan el navío.

—Y ellos os amenazarán, repitió el viejo Ned, con prender fuego al almacen de la pólvora.... No hay que echar bravatas.... Pero nuestro capitan,—inclinándose delante de Fergus, pretendia, si mi memoria no me engaña, tener còmplices en la *Ceres*.

—Verdad es, dijo Waterfield.

Las megillas de Fergus se encendieron; pero el consejo no tuvo tiempo para advertirlo.

—¡Rayo! esclamó Paddy, ¡que Dios me castigue si el digno capitan no tenia razon en hablar así! ¡viles pillastrones! ó mas bien, ¡tempestades! honorables y escelentes compañeros.... pues sois escelentes compañeros, a lo que veo, escepto el negro maldito y la arrastrada reina.... ¿puedo hablar?

Fergus hizo una señal afirmativa.

—Pues bien, ¡boca del infierno! esta es la verdad, dijo el gigante marinero gesticulando lenta y ridículamente; yo soy Paddy O'Chrane, es preciso que lo sepais, aunque tenga que verme ahogado por Satanás.... lo que por poco me sucede hace un momento, ¡fuego eterno!.... Paddy O'Chrane de Tipperary en Irlanda, de la otra parte del canal, os lo juro por la parte que me espera en el paraiso, ¡cuernos del demonio!.... Yo hubiera podido alistarme facilmente en la guardia de caballería por mi famosa estatura, ¡tempestad! que sin zapatos es mas de seis piés, ¡el demonio cargue con vos y conmigo tambien!.... ¡triple blasfemia! Pero he preferido vivir como cristiano, ántes que engordar con la vaca del rey como un holgazan....

—¿A dónde quiere ir a parar ese majadero? refunfunó el rey Lear.

—¡El majadero sois vos, viejo Ned, peste incorregible, continuó Paddy con la mayor impasibilidad.

—Bien os conozco, escelente anciano.... tres años hace ahora que os arrimé veinticinco latigazos sobre el puente del *Cumberland*. ¡Sepúltenos Dios en los infiernos! que está fondeado hoy en la bahia de Veymouth, ¡tempestades! del cual me hicieron subir a esta corbeta infernal, ¡Satanàs y eus garras! en donde vivo de milagro, ¡un millon de condenaciones!

—Amigo, díjole Smith, ¿cuándo concluiréis de blasfemar? El libro ha dicho....

—¡Qué libro, ni qué demonio.... He pedido la palabra y creo....

—Acercaos, interrumpió Fergus.

Abrióse el círculo, y el marinero ocupó el centro de a asamblea. Evidentemente le halagó este honor, pues se estiró cuanto pudo, y se puso en jarras con aire fátuo é ingénuo, que cuadraba perfectamente con su honrada fisonomía.

—Responded con brevedad, díjole Fergus; ¿hay en el navío otros marineros alistados a fuerza como vos?

—En cuanto a responder con brevedad, ¡rayo! comenzò Paddy, supongo....

Fergus diò una patada en el suelo.

Paddy O'Chrane volvió los ojos hácia él, y perdiò como por encanto su prolija serenidad.

—¡Oh! capitan, tartamudeó, yo responderé lo mejor que pueda a su señoría.... ¡Tempestades! nunca he visto semejantes miradas.... En la coberta hay cuatro hombres sometidos a la fuerza como yo en el *Cumberland*.... ¿No es cosa, eh? pero conozco yo mas de cincuenta que darian un ojo por saludar vuestra bandera encarnada.... Mirad, esclamó con viveza, volviéndose hácia la proa donde estaban amarrados los ingleses; no hay necesidad de ir muy léjos para encontrar alguno. ¡Dios nos condene a todos.... escepto a su señoría.... que no me desmentirá.... allí está Sam que os recomiendo como el mas incurable de todos los arrastrados, ¡buen muchacho! y a Gibby tambien, ¡miserias! contad con Blunt el manco, ¡un ciento de bruja !....¡esperad!

Paddy arrancó con violencia de las manos del matador de bueyes el hacha con que habia combatido, y se dirigió a grandes pasos hácia la gran escotilla; y al pasar junto al desgraciado teniente Naper le quitó la bocina.

Creyendo los deportados que iba a abrir la escotilla, fueron hàcia él para impedirlo; pero Fergus los detuvo diciéndoles:

—Dejadle.

El imperio que sobre ellos ejercia era demasiado grande para que esa órden no fuese ejecutada sin murmurar

—Sí, sí, ¡Lucifer y su marmita! dejadme, replicó Paddy, aplicando al mismo tiempo un fuerte hachazo sobre la cubierta de la escotilla ¡ya veréis!

Aplicó un segundo, luego un tercero que hizo astillas una parte de la puerta abriendo un agujero por donde cabian dos manos, y colocó en él la boca de su vocina arrodillándose para estar mas cómodo.

—Ya verá su señoría como persuado a todos esos caballeros, dijo guiñando el ojo; ¡llévenos el demonio!

Aplicó la bocina a la boca y gritó con toda su fuerza:

—Todos hemos sido acuchillados, todos ¡suba yo pronto al cadalso!.... ¡Esos arrastrados! escelentes señores ¡Dios nos condene! ¡qué demonio! son dueños del puente desde el molinete hasta el vitácora....¡Tempestades! ¿cómo es posible resistir a doscientos facinerosos de los cuales el mas pequeño me lleva la cabeza?

Estas palabras fueron pronunciadas con un tono de espanto tan enfático, que el rey Lear aplaudió por instinto, miéntras que los otros reian a carcajadas.

Paddy separó su boca de la bocina:

—¡Silencio! dijo encolerizado; si no sois mas alto que yo, ¡rayo! sois mas gordo, ¡veámonos todos en manos del verdugo! De todos modos la invencion nos servirá, y espero que me hagan segundo maestre por lo ménos.

—¡No lo dudes! esclamó el viejo Ned.

Paddy llevó de nuevo la bocina a los labios.

—Los doscientos facinerosos quieren prender fuego a la embarcacion si no os rendis al instante, miradlo bien, ¡por el nombre de Belcebú!....Y lo harán como lo dicen, pues son hombres de bien é incapaces de mentir. Tomad la bocina de combate que limpié yo mismo ántes de ayer, y que està en la cámara del teniente Naper.... pobre teniente, ¡triple blasfemia! el infeliz tiene la cabeza abierta hasta la barba; ¡el demonio se lo lleve!.... Tomad la bocina, abrid una tronera y gritad: ¡cuartel! ¡condéneos Dios!

Al terminar Paddy, abrióse una tronera y se oyò resonar una bocina.

—¿Son franceses los que están a bordo? preguntaban de abajo.

—¡Diablo! repuso Paddy, ¡para quemarlos!.... son corsarios como nosotros, ¡Satanás y sus garras!.... Doscientos gallardos mozos, ¡miserias! tan horrorosos que pueden dar zelos al demonio.... ¡Ojalá que este nos abrase a todos cuanto ántes!....

—¿Nos dejan la vida? dijo la voz de la tronera.

—Si os despachais, ¡condenacion! ¡condenacion para vosotros y para mí, con mil demonios! se os tratará como amigos.... si no ¡tempestades!

—Nos rendimos, abrid la escotilla, dijo la voz.

Paddy quiso levantarse, pero Fergus le detuvo.

Si bien era natural pensar que aquellos pobres diablos bloqueados en las baterías, sin gefes para escitarlos a la defensa, y creyéndose ademas al frente de una fuerza superior y victoriosa, debian anhelar con ansia se les diese cuartel; sin embargo, el corto número de los agresores necesitaba obrar con la mayor prudencia.

—Anunciadles, dijo Fergus, que veinte mosquetes dirigen sus bocas a la abertura de la escotilla; que se presenten sin armas y de dos en dos. Añadid que a la menor señal de resistencia lloverán las granadas en la batería.

Paddy repitiò dòcilmente esta órden, acompañàndola con una preciosa coleccion de sus blasfemias favoritas.

Los deportados armados de un cuchillo se formaron en silencio al rededor de la escotilla, que fué abierta, y permanecieron a cierta distancia de la abertura, a fin de que los marineros no pudiesen ver desde abajo cuan inferiores eran en fuerzas y en armas.

Al a parecer los dos primeros ingleses que subieron a la escotilla, fueron al momento amarrados.

¡Otros dos! gritó Paddy con su bocina.

Efectivamente vinieron otros dos, que tuvieron la suerte de los primeros.

Aquellos hombres llegaban aterrados a la abertura, donde eran recibidos con la palabra ¡silencio! que respetaban sumisos al ver en sus pechos la brillante hoja del cuchillo. Ni uno solo se atrevió a gritar.

Cuando las últimas parejas fueron amarradas como las demas, habia en el puente de la corbeta *Ceres* ciento ochenta ingleses cercados por unos treinta proscritos, muchos de los cuales habian sido la víspera lacayos de al-

gun criminal rehabilitado por su dinero, bien ó mal adquirido.

No dejaba de ser curioso ver la figura lastimosa de aquellos hombres vencidos con groscra y casi pueril astucia, los cuales contando con despecho a sus vencedores, buscando en vano aquellos mosquetes, aquellas terribles granadas, maldecian de todo corazon al buen Paddy O' Chrane.

Se equivocan. En todo esto, el atlético marinero, aunque estaba muy léjos de tener las rollizas formas que los pintores de todos los paises han convenido en dar a los ángeles, por ser los ángeles séres inmateriales, habia hecho el papel de estos celestiales y misericordiosos mensageros. Gracias a él, la carnicería de la primera lucha no se habia reproducido, pues se interpuso salvando la vida a muchos súbditos del rey: esta accion merecia una corona cívica.

Sangriento, vivo y terrible, hubiera sido el choque entre los soldados de Fergus y los ingleses atacados en sus trincheras. No cabe duda que Fergus hubiera vencido. Fergus debia vencer en luchas mucho mas desiguales. ¿Pero cuántos hombres hubieran quedado vivos despues de la batalla sobre el puente de la corbeta *Ceres*? Cual hubiera sido el número de los cadáveres.

En verdad que el marinero de seis piés de largo no manifestaba una ambicion desmedida, recompensándose así mismo sus servicios con el modesto empleo de segundo maestro. Mas tal era el carácter del escelente y virtuoso Paddy O'Chrane, que por no saber hacerse apreciar, debia pasar toda su vida en una posicion secundaria, y vegetar en la medianía, aunque marchase por un camino en que abundan las riquezas....

Fergus no habia tomado parte en esta última escena.

El papel que hubiera podido desempeñar no convenia a su carácter. Cuando todos los prisioneros fueron colocados en los filaretes, dió una vuelta al navio y fué a colocarse junto al palo mayor.

—Nosotros no pertenecemos a ningun pais, dijo estendiendo su dedo hácia la roja bandera cuyos pesados y húmedos pliegues ondeaban al favor de la brisa: esa bandera es la señal de guerra contra todos.... Nosotros combatirémos por el oro, pues el oro nos procurará siempre goces, y a mí armas para otra batalla.... Al que me siguiere, le prometo dinero, ó la muerte.... contar puede con el oro de los que crucen nuestro camino.... Ingleses, ¿hay entre vosotros alguno que quiera unirse a nuestra suerte?

Oyóse un sordo murmullo en la fila de los prisioneros.

—Sí, ¡tempestad! tantos como hay, quiso comenzar Paddy; que me vea yo abrasado a fuego lento y esos rapaces arrastrados....

—¡Silencio! interrumpió Fergus; desatad las cuerdas que sujetan las piernas de esos hombres.

La órden quedó ejecutada, y los prisioneros se levantaron, conservando solo las manos atadas a la espalda.

—Elegid, continuó Fergus, entre una vida libre con un gefe de vuestro gusto y la bàrbara esclavitud bajo la cual gemiais ayer; elegid entre la fortuna y la indigencia ....Adelanten un paso los que quieran seguir nuestra suerte.

Al cabo de un momento de incertidumbre, Sam, el maestre, rompió el primero la fila seguido de otros varios. Pocos minutos despues quedaron divididos los prisioneros en dos partes.

—Preparad la chalupa y la canoa, dijo Fergus.

Y acto continuo fueron colocados en ambas embarcaciones sesenta ú ochenta marineros, con un número suficiente de remeros.

Esto se hizo rápidamente y en el mayor silencio. Los que se alejaban querian verse libres cuanto antes, al paso que los que quedaban no podian vencer un sentimiento de oprobio.

La chalupa y la canoa se dirigieron en seguida y a fuerza de remo, hácia la punta de Cow-Hill.

Cuando volvieron ambas embarcaciones, no habia ya cautivos a bordo de la *Ceres*. Todos estaban libres y trabajando. Sam, el antiguo maestro, tenia la bocina y mandaba como viejo marinero las maniobras para darse a la vela.

El sol no se habia aún elevado bastante en el horizonte, cuando la corbeta, desplegando sus velas, cedió con suma gracia al influjo de la brisa de tierra. En el interin, los marinos desembarcados llevaron a Sydney la estraña noticia, que atrajo a los muelles una inmensa multitud.

En el momento en que la *Ceres*, impelida del viento, volvia en diversos sentidos su aguda proa, cual una veloz y yegua de los bosques que indecisa en la direccion que ha de tomar, abre sus humeantes narices a derecha, izquierda, hácia adelante, para lanzarse luego y devorar el espacio, toda la tripulacion, escepto los artilleros, se reunió al pié del palo mesana.

Los habitantes de Sydney pudieron distinguir perfectamente a un hombre de hermosa estatura, que agitando su sombrero, saludaba la encarnada y ondeante bandera; accion que imitaron todos los marineros.

En el mismo instante una espesa humareda rodeó por todas partes la corbeta, y los habitantes de Sydney oyeron

una triple aclamacion, seguida de una ruidosa salva de artillería.

Por la noche y desde la altura de South-Head, se descubria en el horizonte un punto blanco, semejante a un copo de espuma. ¿Era la ala de nieve de una gaviota ó de una ave marina?

Los soldados de guardia de South-Head decian que era la corbeta *Ceres*.